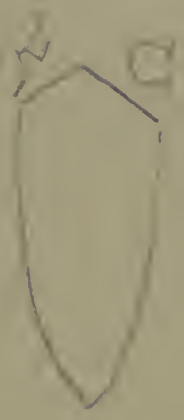
22101977973



LA CONQUISTA DE MÉJICO

ATENEO DE MADRID

LA CONQUISTA DE MÉJICO

CONFERENCIA

DEL GENERAL

D. JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE

leída el día 11 de Enero de 1892

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, 20

1892

Señores:

Tócame hoy recordaros la admirable jornada que dió á España la conquista y el dominio por tres siglos del tan poderoso como vasto Imperio de Méjico.

Su descripción con la de sus accidentes y episodios, interesantes y todo, además de impropia, se haría aquí tarea sumamente enojosa, que harto se hallan grabados en vuestra memoria. No se alzó esta cátedra para ejercicio de cronistas y compiladores, ni entra en las funciones del Ateneo el estudio de los sucesos humanos como mera manifestación de la fuerza, del valor ó del acaso quizás, sino que se instituyó con destino más elevado y trascendental, con el de discurrir acerca de las causas que provocaron esos mismos acontecimientos, los fines á que parecían dirigidos y la razón de los resultados que dieron. Quiero decir que no es la Historia, sino la Filosofía de la Historia la que se cursa en esta Asamblea docente, donde, para desgracia mía, voy á encontrarme con maestros competentísimos, jueces, sin embargo, que, por razón de su mismo saber, espero se muestren hoy todo lo indulgentes que he menester y humildemente les pido. Bien sabéis que para estos certámenes, por manera tan discreta establecidos en el Ateneo, no es á dar lecciones á lo que se viene, sino á secundar tan generosos propósitos, celebrándolos cada uno en la medida de sus fuerzas.

Para nadie es un arcano la hazaña de Hernán Cortés. Narrá-

ronla con verdad testigos oculares de mayor excepción, partícipes de los peligros que ofreció y de la gloria que debía acarrearles, como á la noble tierra que había amamantado á tales héroes en su amoroso y fecundo seno. ¿Quién, así, puede ignorar aquellos actos de inaudito esfuerzo ni los arranques de inteligencia y previsión que los dirigieron, dando á sus resultados un carácter épico, muy poco distante del mitológico de las expediciones que fueron tema de nuestros clásicos estudios en la juventud? Trasladaos, si no, con vuestra cultivada memoria á los templos de Egipto ó á los liceos de Atenas, y escuchad si las tierras sometidas por Osiris ó Baco encerraban misterios más recónditos, peligros más tremebundos que los descubiertos y arrostrados por Cortés y sus camaradas en el ignoto y poderoso imperio de Moteczuma. Eso que en la historia de los tiempos fabulosos representa los rumbos y la marcha de las antiguas civilizaciones, fórmula del progreso al comunicarse unas á otras sus peculiares elementos, para, á través de los siglos, venir á fundirse en una sola purísima y universal, constituye en la expedición de Cortés, y más aún en la maravillosa de Colón, la prueba más fehaciente de las relaciones de Dios con la humanidad, cultivadas por Él en las circunstancias críticas y solemnes. Porque si no concedéis al genio el carácter de emanación de la Divinidad comunicada al hombre, su obra predilecta en la portentosa del universo, tendríais que negar el propio de que acaso alardeáis, y confundiros en el mundo de la materia con los seres más torpes y asquerosos de la tierra.

«¿Qué es el hombre cuando se separa de Dios?», ha dicho un gran historiador y filósofo. ¿Qué hubiera sido, digo yo, de los sublimes cálculos de Colón si no los robusteciese la fe y no hallara en su camino á los Padres de la Rábida ardiendo en ella, y particularmente á aquella Soberana insigne inspirándose en Dios y la patria, los dos objetos predilectos de su corazón? La fe, con efecto, llevó á Colón á su admirable y providencial jornada; la fe, en quien tan arraigada la veían, condujo á los Pinzones hasta arriesgar su fortuna y comprometer su honra, y la fe á Cortés cuando iba á dar, como dice Lope de Vega,

«Al Rey infinitas tierras,
Y á Dios infinitas almas.»

Porque es preciso mirar en el hijo ilustre de Medellín algo más que al aventurero temerario, uno de tantos que lanzó nuestra patria á las playas de aquella tierra á que la ingratitud y la envidia dieron un nombre hoy reprobado en el mundo de la ciencia y de la historia; hay que ver en él á quien, dotado de inteligencia nada común y cultivada, de carácter dominando cuanto le rodea y las circunstancias más extraordinarias, y de un tacto, á la vez, que atrae, seduce y enajena á sus mismos enemigos, realiza el ideal del hombre de guerra, guiado por el genio y fortalecido por la experiencia, hijo mimado de la Fortuna y la Victoria. Como á Colón, maltratado en vida por los que le habían desconocido antes de sus inesperados éxitos, la ingratitud también y la envidia, aquélla en su cuna, y ésta allí donde nada extraordinario se quiere conceder á nuestra patria, han negado á Cortés asiento en la asamblea de los grandes hombres inspirados de lo Alto para regir ó cambiar los destinos del mundo; pero la justicia acaba, serena siempre é inflexible, por abrirse paso entre las pasiones más ardientes, y hoy el conquistador de Méjico resiste el paralelo con los héroes más insignes de la antigüedad.

Y si no, corred el velo que encubre sus juveniles años, los en que el hombre nos ha de dar á conocer su índole, sus inclinaciones y aptitudes. Sus padres, nobles pero medianamente acomodados, al descubrir en la penumbra de su infancia cualidades de un talento propio para la observación y el estudio, le envían á la Universidad de Salamanca, de la que piensan saldrá un dechado de virtud y ciencia. Y no se equivocaran, según los progresos que escuchan hace Hernando en los dos años que lleva de cursar en aquellas tan celebradas aulas, «si, como dice Solis en su magistral narración, no hubiera en ellos comprendido que iba contra su natural y que no convenía con la viveza de su espíritu la diligencia perezosa de los estudios».

Decidióse, pues, por los peligros y el rudo tráfago de la guerra.

Dos eran los rumbos que entonces había tomado esa afición bélica, tan antigua en nuestros compatriotas como sus orígenes en las tinieblas del de las primeras razas humanas; rumbos tan opuestos en los fines á que pudiera dirigirse, como en la orien-

tación astronómica á que habría de someter su marcha. Esa afición, instintiva de los españoles, más acreditada que nunca en la dilatadísima lucha con el Pueblo-Rey, y puesta recientemente á prueba en la más larga todavía con la Morisma, impulsaba á los conquistadores de la Alhambra hacia las tierras orientales, en que Aragón, sobre todo, tenía laureles que reverdecer, ganados en el Tauro y el Olimpo, é intereses que fomentar, adquiridos desde la ocupación de Sicilia y el establecimiento de su dinastía en Nápoles.

«Á Italia», pues, dijeron los hombres de guerra, sin otro interés que el de la patria, ni más ambición que la de adquirir nombre á la sombra del glorioso estandarte de los Reyes Católicos, hecho ya uno en toda España, y regidos por su adalid favorito, aquel á quien habrían muy luego de aclamar con el dictado de *El Gran Capitán* en los campos de batalla. Y ciertamente que no es posible obtener en plazo tan breve mayor suma de victorias ni resultados más grandiosos; siendo, aquéllas, tan admirables, las de Seminara, Cerinola y Garellano, y éstos, tan felices, el vencimiento de los ejércitos franceses que en ellas combatieron, y la liberación completa de la ciudad y el reino todo á que da nombre la antigua Parthénope. Esas campañas, primeros golpes de azada con que se abrió la que los italianos dieron poco después en llamar *Tomba dei francesi*, formaron además escuela que, si resurrección, en parte, de las clásicas de la antigüedad, no poco olvidadas ya, fué desde entonces la que practicaron los Albas, Austrias y Farnesios en aquella misma península, en Alemania, Túnez y los Países Bajos.

Los que tomaron el rumbo de Occidente obedecían en su mayor número á móviles distintos. Al afán de aventuras y de nombre iba en ellos unida la idea del lucro, sobreexcitada con el espectáculo de las riquezas que aportaban á España los primeros descubridores, y más todavía con las noticias de lo vasto, maravillosamente fecundo de los países que habían visitado, y que otros pintaban como llenos de oro y piedras preciosas, habitados por gentes sencillas, humildes y temerosas del trueno y el rayo que los españoles llevaban encerrados en sus tiros y arcabuces.

Eran, así, dos corrientes de caudal muy diverso las que á

fines del siglo XV y principios del XVI se desbordaban de la Península, libre ya de las irrupciones muslímicas; límpida una, y reflejando las armas brillantes de los vencedores de Lucena, Málaga y Granada, con la noble aspiración de ensanchar los límites de la patria hacia las regiones más cultas de la vieja Europa; obscura la otra, y arrastrando al Nuevo Mundo la *turba multa* de los pueblos, empobrecidos por la guerra y por la miseria consiguiente al abandono de los campos y de todo género de industrias y comercio. El noble vuelto á su aldea, el labrador y el menestral creyeron ver en las tierras nuevamente descubiertas la de promisión, donde acabarían sus escaseces y trabajos, con sólo el de cruzar el Océano y vencer á unos cuantos salvajes, tan imbeles como ignorantes; y si, por excepción, se embarcó alguno educado y no fiando sus esperanzas á la casualidad, sino á su talento y estudios, la mayor parte pusieron su confianza en lo grande de sus corazones, la robustez de sus brazos y el temple de sus espadas.

Así, señores, fueron inundándose el archipiélago antillano y las costas vecinas de Tierra Firme de aventureros españoles, dispuestos á descubrir nuevas comarcas por sí mismos, ó siguiendo la pista y, mejor, la bandera de los que les habían precedido ó pasaban por más hábiles y generosos.

Grave dolencia, adquirida en el camino, impidió á Cortés su marcha á Italia, en cuyas luchas quería tomar parte, aconsejado por su padre y dejándose llevar de su carácter caballeroso y de sus instintos de orden y de disciplina militares. Curado y dispuesto de nuevo á ejercer sus fuerzas y ardimiento, cambió, sin embargo, de rumbo, tomando ese que os he dicho conducía en Occidente á la satisfacción de ambiciones, si no tan generosas, más positivas, como ahora se dice, y propias entonces de un hidalgo bien provisto, es verdad, de pergaminos, pero sin feudos que los hicieran brillar en la corte y las asambleas de la nobleza. Su primera etapa fué la Española, cuyo Gobernador, pariente suyo, el célebre comendador Obando, si le podía obsequiar con un recibimiento cariñoso y dones en proporción á su estado, no lograría satisfacer su anhelo de mostrar en la guerra sus condi-

ciones de soldado valeroso y hábil. Se trasladó, pues, á Cuba, donde no tardó en acreditarse, por su denuedo y genio emprendedor, de hombre á propósito para gobernar una de las expediciones que cada día andaban proyectando el espíritu inquieto y la codicia de tanto aventurero como pululaba por la isla.

Era Cortés, según Bernal Díaz del Castillo, y en ninguno cabe testimonio más fidedigno, persona muy apuesta y que, si algo abandonada al llegar á aquellas tierras por su carencia de bienes, no tardaría á pulirse y abellidar, como dice nuestro ingenuo historiador de aquella empresa, acreditando una de las prendas que los tratadistas militares, desde Onosander á Marmont, han recomendado más á los que hubiesen de mandar ejércitos. Uniformes brillantes, armas y arreos lucidos, hermosos caballos y porte espléndido, son, con efecto, las condiciones exteriores de un buen gobierno de las tropas; y Cortés, que lo había aprendido en sus lecturas y estudios, cumplió con tan clásico precepto al ser designado por Diego Velázquez para dirigir la armada que tenía preparándose en Santiago, y reanudar la interrumpida empresa de Grijalva sobre Yucatán, Tabasco y La Florida.

No os molestaré con el recuerdo de las contrariedades que hubo de sufrir Cortés hasta obtener un destino que tanto habría de halagar sus generosas aspiraciones: urge ver en la mar á nuestro futuro héroe que, antes de establecerse en las playas próximas á San Juan de Ulúa, que ya habían visitado los camaradas de Crijalva, tuvo ocasión de ofrecer á los suyos la esperanza de un más hábil y afortunado capitán. La batalla de Tabasco da, con efecto, la medida de los instintos ó conocimientos tácticos que poseía Cortés, nacidos, sin duda, de sus estudios históricos, ya que ni el arte militar ni la experiencia podían habérselos inspirado. El ataque del pueblo demostraba la ambición de señalarse entre tanto valiente como había saltado de las naves españolas; pero la ordenanza con que á los dos días, en el de la festividad de Nuestra Señora, 15 de Marzo de 1519, acometió á los innumerales indios que, formando gruesos escuadrones, se adelantaban al Real castellano, revela pericia la más consumada, aun siendo aquélla la primera función que de entre las suyas pudiera tomar el nombre de campal, en una palabra,

el de una batalla. La formación de los peones, los puestos señalados á la artillería para combatir á los indios de Centla, y, por encima de todo, la maniobra que ejecutó Cortés con sus doce caballos, á cuyo frente cargó á los enemigos cuando con mayor tenacidad resistían los esfuerzos de nuestra infantería, bastan para acreditar la confianza con que desde entonces siguieron á Hernán Cortés sus soldados, despreciando los tristes augurios y las amenazas de los ya pocos partidarios que aún quedaban á Velázquez en aquel puñado de valientes.

Allí, y hecha la paz con los vencidos de Tabasco, obtuvo Cortés, entre los regalos del Cacique, el inapreciable de doña Marina, con cuyo trato habría de sublevar los escrúpulos de Solís, que se niega á salvarlos con la razón de Estado, ya que nuestro héroe se había unido en Cuba con D.ª Catalina Suárez Pacheco, doncella noble y recatada, digna, según los obstáculos que se le opusieron para su enlace, de más ventajoso partido. ¡Cuán lejos se consideraba á Cortés de los altos destinos que la Providencia le tenía deparados para honra propia y gloria de su país!

Pocos días después se embarca para de nuevo tomar tierra junto á San Juan de Ulúa, donde Grijalva no se había resuelto á establecerse por no contravenir á las instrucciones de Velázquez, indignado luego de tan ciega obediencia al recibir de manos de Alvarado los ricos presentes que aquél le envió con el fin, precisamente, de mostrarle cuál era el fruto que podría sacarse de poblar aquellas tierras á que ya se había comenzado á dar el nombre de *Nueva España*.

No voy á fatigar vuestra atención con la memoria de los primeros sucesos allí provocados por la presencia de Hernán Cortés; sólo os haré notar las artes peregrinas de que se valió para atraerse los habitantes de las tierras próximas y concitar sus ánimos contra el que desde el primer momento pudo comprender sería el mayor obstáculo opuesto á su empresa. Porque las embajadas de Moteczuma, que le llevaron los jefes de las tropas mejicanas en aquellas comarcas, acompañados de altos dignatarios de la corte y de los que llamaré cronistas, los pintores que habrían de representarle la naturaleza y fuerzas de los misteriosos forasteros recién llegados á las costas de su imperio,

revelaron á Cortés la conveniencia de buscar entre los oprimidos y descontentos del tirano, amigos y aliados que á él le ayudaran á vencerle. Y veréis cómo de la red sutilísima, verdadera filigrana de habilidades políticas, tejida allí por Cortés, comienza á alzarse la figura del que, preparándose á escalar las esferas de la Historia, procura ir desde entonces emulando á los hombres más ilustres que tienen ya asiento en ellas, con el esfuerzo de su corazón y lo sublime de sus cálculos.

Logró, de ese modo, desorientar por el pronto á los delegados de Moteczuma, aun manifestándose inquebrantable en sus propósitos de marchar sobre Méjico, siquier fuera con el solo de visitar al Emperador; supo atraerse la amistad de los caciques de Cempoala y Quiabislan con halagos y dádivas, con la oferta, sobre todo, de eximirles de los impuestos y vejámenes que se les hacía sufrir; obtuvo la del de Zimpacingo con un rasgo de justicia que, además, le dió fuerza suficiente para derribar los ídolos en el templo de la primera de aquellas ciudades; creó el Ayuntamiento de la Villa-rica de la Vera-Cruz, fundada al tiempo de su desembarco, emancipándose, así, de la autoridad de Velázquez; y afirmó la suya con el castigo de los que pretendían desconocerla, aumentando, por los mismos días su fuerza con parte de la de Garay, enviado de Cuba para atajarle en el camino de su empresa.

Para acometerla con probabilidades de éxito, si es que podía esperarse, necesitaba Cortés de la fortuna, no siempre aliada con la virtud y el genio. Tenía ya, con que mejor atraérsela, base de operaciones para las que iba á emprender; eso sí, en la orilla del mar, donde, en condiciones distintas de las en que se hallaba, pudiera ser excelente, pero que entonces le ofrecía peligros de muy varia y eficaz trascendencia. Sabía cómo los envidiosos de Colón le hicieron volver aherrojado á España, aun habiéndola procurado un mundo cuyo misterio nadie más que él logró romper en las caóticas brumas de Occidente; había visto el sacrificio del descubridor del Pacífico por su mismo pariente el inexorable Pedrarias, las rivalidades provocadas por la ambición y la codicia entre los que iban ocupando y pretendían gobernar las tierras nuevamente conquistadas, y debía temer, como de los que dejaba atrás en su jornada, de los que le acom-

pañaban en ella, fieles, algunos, á Velázquez ó temblando ante porvenir tan preñado de sustos como el que se les prometía. ¿Qué hacer para alentar á unos y asegurarse de los demás? No había sino un medio, el recurso á que, según sus lecturas, apelaron quienes se hallaran, aunque mucho tiempo hacía, en situación, no igual, pero sí dada á contingencias y peligros semejantes.

Y de ahí, y hecha mañosamente provocar por los más entusiastas de sus camaradas, una de las resoluciones que, sin ser nueva, repito, en los fastos de la guerra, ha procurado á sus autores la celebridad que nadie se atreve ya á negar al insigne extremeño conquistador de Méjico, la resolución de destruir las naves que le habían conducido á las playas de aquel Imperio.

Uno, efectivamente, de los actos que más de relieve han puesto los bríos de Cortés y lo levantado de su espíritu, fué el tan debatido de la destrucción de su escuadra, único refugio que le restaría en el caso, nada improbable, de un revés.

Sin serle disputada tan gloriosa hazaña, parece como si se hubiera querido empequeñecerla despojándola del carácter que reviste uno de sus rasgos, el que, precisamente, la singulariza entre los ejemplos anteriores que la Historia consigna como dignos de admiración y de memoria. Agathocles, Tymarco, y aún hay quien dice que Tarec, incendiaron las naves que los habían transportado con sus tropas al África, el Asia y España, dando á su imitación un concepto metafórico, hecho proverbial para casos y resoluciones semejantes. Pero el incendio podría atribuirse, si no al acaso, al pensamiento de una sorpresa ó á un arrebato, como tal, impremeditado, que hicieran imposible la resistencia é irremediables sus estragos; y el acto de desguazar las naves ó darlas al través, como dicen nuestros cronistas y el mismo Cortés en su proceso, y eso lenta y metódicamente, aprovechando sus materiales en la proyectada fábrica del Ayuntamiento ó para contingencias futuras, y quitando, á la vez, á los tripulantes toda esperanza de deserción ó de regreso á Cuba, significa una confianza que sólo pueden inspirar la idea de una gran autoridad y un prestigio incontestable en el ánimo de sus subordinados. Crece, pues, con eso la gloria de Cortés al destruir la armada que Velázquez le había confiado; revelando, por

tal modo, el temple de su alma y la elevación de sus propósitos en jornada, si temeraria siempre, calculada, sin embargo, maduramente, según los procedimientos que usó y los resultados que en ella obtuvo. Y es que el genio, al atemperarse á las circunstancias, nunca iguales en la marcha de los sucesos humanos, por parecidos que se crean en los fines que persigue, halla medios para arrostrarlos con fortuna, como al amoldarse á los teatros donde calcula va á encontrar obstáculos para otro insuperables, descubre sendas, nuevas también, por donde salvarlos y vencerlos.

Uno solo de los barcos se libró del general desbarate, y ese para ser dirigido á España con un mensaje al Rey en que Cortés pedía para sí el nombramiento de Capitán general de una empresa de cuyas exploraciones y ventajas eran buena muestra la representación que lo acompañaba del nuevo Ayuntamiento y los ricos presentes que darían también testimonio de la feracidad y cultura de los países acabados de descubrir. Así é imponiéndose á los descontentos, cuya fuga había impedido y castigado días antes, logró nuestro héroe obtener de todos sus compañeros de expedición la confianza que necesitaba para, sin más preocupaciones, encaminarse al encuentro de los que ya suponía preparándose á resistirle.

Pero, ¿cómo y por dónde se remontaría al empinado promontorio que se alzaba á su frente? Porque era necesario hacerlo y sin tardanza; no fueran los enemigos, que ya debían haberse penetrado de sus intenciones, á apercibirse para burlarlas; no fueran sus émulos á alcanzarle con el rápido volar de la envidia y la venganza, y hasta sus mismos compañeros fueran á cambiar de opinión viéndole irresoluto ó cobarde.

El sistema orográfico del antiguo Imperio de Méjico, término del vastísimo que se extiende desde el cabo de Hornos hasta donde sus últimas ramificaciones van á hundirse á la altura del círculo polar en el hemisferio opuesto, afecta la forma, aunque irregular, de un triángulo, elevadísima meseta en su parte media, sobre la que, á su vez, se alzan cimas colosales en líneas de masas bastante compactas, pero sin relación de paralelismo con el eje de la cordillera, ó dispersas y sin orden alguno, escondiéndose en las nubes. Si los Andes aparecen en Chile, por ejemplo,

y en el istmo que une los dos continentes americanos, como sistema marítimo, muéstranse en otras regiones, y en Méjico principalmente, como continental, y robusto é intrincado, roto por grandes aglomeraciones rocosas, volcanes en acción, unos derramando fuego de sus entrañas sobre las vegas próximas, apagados otros ya y cubiertos de la nieve que, por el contrario, ha de fertilizarlas y formar extensos lagos, efecto también de las extrañas bifurcaciones de los tres ramales que dan al Anáhuac mejicano la forma triangular que lo caracteriza. Allí dominan por su extraordinaria altura el Popocatepelt y el Ixtacihualt, la pareja emblemática de la leyenda, guardián celosísimo del gran collado por donde se penetra en el valle encantador de la antigua ciudad de los lagos, rival en grandiosidad y hermosura de la que pasa por el más bello ornamento del Adriático. Si Ixtacihualt permanece muda y fría, cubierta de su esplendente manto de nieve, el Popocatepelt confunde su capa, de hielo también, con las arenas violáceas que vomita su inmenso cráter, haciendo salir, con las ráfagas de su encendido aliento, ruidos que, aun cuando confusos y á veces débiles, infunden pavor sumo á los supersticiosos que transitan por entre los dos gigantes.

Pero no son ni uno ni otro de aquellos colosos los que se divisaban desde el campo de los españoles. En la cresta que ofrecía á su vista la cordillera, antes de emprender la marcha al corazón de la Monarquía mejicana, ó méxica, según sus naturales, descollaban hasta tocar también las nubes, á la izquierda, el hoy llamado Pico de Orizaba, el viejo Citlaltepelt, que les había servido de faro en su navegación por el seno mejicano, y el Poyanntécalt, cofre de Perote, á la derecha, y que, por su mayor proximidad, les parecía más fácil de escalar en el camino, ya trillado por ellos, de Cempoala.

Aun habrían de encontrar montes que les produjeran no poca admiración, como el Matlalcueye, conocido luego por La Malinche, del nombre que los mejicanos daban á Cortés, la hija sin ventura de Popocatepelt é Ixtacihualt, que, abandonada de sus progenitores, erró largo tiempo por el Anáhuac, hasta que, á ruegos de los tlascaltecas, se decidió á establecerse en su territorio. Pero eran los anteriores los que, por el pronto,

parecían oponerse á la marcha de Cortés con su aparato de gigantestas rocas y angostos desfiladeros que le sería preciso salvar ante los que calculaba innumerables adversarios, apercibidos en armas para rechazarle. Lo corto del camino, con todo, y lo frecuente de sus poblados, las alianzas, principalmente, ya celebradas entre los más importantes que se distinguían por aquel rumbo, determinaron á Cortés á tomar el de Cocotlan (Xocotla) y Tlascalla, ciudad, esta última, que los cempoales le señalaban como la más desafecta á Moteczuma, que no la había podido nunca sojuzgar.

La jornada se presentaba, de todos modos, laboriosa y larga; necesitándose energía y vigor sumos, una constancia, particularmente, inquebrantable por los trabajos y riesgos que iban á correrse.

El ejército de Cortés, llamémosle así, constaba de unos 500 peones, 15 caballos y 6 tiros ó falconetes, de los que habrían de quedar en la Vera Cruz, y á las órdenes de Juan de Escalante, más de 100 de los primeros y un par de jinetes, medio inútiles, los más, para resistir las fatigas de la marcha. Con ese golpe de fuerzas, eso sí, de todas armas, entre las que las había no muy desemejantes de las de sus enemigos, picas, espadas y ballestas, iba á acometerse la hazaña de someter un Imperio, el más culto del nuevo continente y el más populoso y mejor dispuesto para la guerra. Las vicisitudes no remotas por que había pasado el Anáhuac superior á que se dirigían los españoles; las luchas, al parecer, interminables de que había sido teatro, y las divisiones, cada día más hondas y tenaces, entre las tribus que, por razón antiquísima de raza, se disputaban el dominio de aquella tierra, habían dotado á sus moradores, no sólo de las pasiones, sino que también del hábito de la guerra. Moteczuma había obtenido el poder supremo, y, como guerrero y como sacerdote, lo asumía con cuantas facultades hacía necesarias la constitución mejicana para ejercerlo con el absolutismo tiránico de su raza. Pero, aun así, continuó peleando, ya con los otomíes, ya en lo que se llamaba allí la *guerra sagrada*, hasta dilatar los límites del Imperio de mar á mar, declarando tributarios suyos á cuantos pueblos habitaban en extensión tan vasta. Es verdad que Moteczuma, teniendo de su lado la suerte y

condiciones de carácter que los mismos españoles acabarían por reconocerle, se había hecho, de humano que antes era, cruel, y, de generoso, déspota, juguete de la soberbia que le llevó á rebajar á los nobles de su Imperio hasta someterlos á servirle, puede decirse, como esclavos; pero, aun así, el prestigio alcanzado con sus victorias y el ejercicio de una autoridad que nadie se había atrevido á disputarle en los diez y siete años que llevaba de reinar, le proporcionaron el amor del mayor número de sus vasallos y el respeto de todos. Sus soldados se mantenían en continuo estado de guerra; en movimiento, para vigilar las provincias lejanas y, en acción, para exigirles la obediencia debida y los tributos; y si les eran desconocidas las armas de los españoles, contaban, en cambio, con muchedumbres que podrían con su número ahogar al puñado de temerarios que, mejor que á una conquista, parecían destinados á, con su sacrificio, aplacar las iras de los dioses tutelares de la gran ciudad, objetivo de su jornada.

Habíanse, con todo, manifestado en el cielo y en la tierra signos que la superstición, allí como en todas partes, ha hecho tomar por présagos de grandes calamidades: y esos signos y los acontecimientos, extraños también, que con ellos habían coincidido, infundieron en Moteczuma una preocupación que debilitó sus geniales energías, y en el pueblo mejicano el temor á una catástrofe nacional irremediable. Á la aparición en la costa de los forasteros, anunciados en las tradiciones proféticas del país, había precedido el espectáculo de un cometa que, llenando la bóveda celeste con su enorme cola, se le veía cernerse y caer á la del alba sobre la ciudad imperial, monstruos horribles de nunca vista magnitud y deformidad, piedras que, transportadas á distancias considerables con un objeto piadoso, desaparecían para volver á su anterior asiento, cuanto más pudiera herir la imaginación del hombre en ocasiones semejantes y llenarlo de pavor y asombro; todo eso y más se vió en Méjico, si no fué en parte inventado para que se comprendiesen el desánimo y la inacción del infeliz Moteczuma al acercarse el término de su soberanía.

Tal era la fuerza de los españoles y tal la situación del Imperio mejicano cuando Hernán Cortés emprendió la marcha para

someterlo; y sólo recordando las cualidades de nuestro insigne compatriota se comprende cómo pudo llevarla á tan feliz remate.

El 16 de Agosto de 1519 partieron de Cempoala los expedicionarios, haciendo pregonar por los pueblos del tránsito que en adelante quedarían libres de los tributos exigídoles por Moteczuma, ponderándoles la grandeza del monarca español y explicándoles, en cuanto era posible, las excelencias de la veneranda doctrina del Crucificado. Otro tanto se decía al Senado, que pudiéramos llamar, de Tlascalla, en un mensaje que le dirigió Cortés al asomar al territorio de aquel que un historiador mejicano califica de Señorío, República federativa regida por la asamblea de los cuatro caciques representantes de los Estados que la formaban. En la incertidumbre de la acogida que tendría el mensaje, denunciada por la tardanza de los embajadores, Cortés prosiguió la marcha, cruzando la muralla fronteriza con precauciones que dan testimonio irrecusable del genio militar, instintivo ó educado, que poseía, así como del respeto que parecían imponerle la fama de los tlascaltecas y su pensamiento de valerse de ellos como del auxiliar más poderoso que pudiera ofrecérsele en su camino. Pero en tanto que deliberaban los señores de Tlascalla, un cacique, el de Tecoac, su aliado, viendo á los españoles profanar el suelo patrio, salió á su encuentro, acabando la derrota del Otomí con las vacilaciones de aquel Senado, discorde entre las opiniones pacíficas de unos, y las belicosas de Xicontencalt, brazo robusto que, á pesar de eso y de sus veleidades patrióticas, fué luego de Cortés para las sucesivas operaciones de la conquista de Méjico. Curados los heridos con el que los historiadores llaman unto de los indios mismos que los habían acuchillado, celebróse el 1.° de Septiembre la función bélica que ya era de esperar con los tlascaltecas quienes, formando en gruesos escuadrones, sus estandartes al frente, y con el bravo Xicontencalt á vanguardia, acometieron á los españoles. Ruda fué la pelea: el ronco son de los caracoles y bocinas, la gritería salvaje de los indios y el choque de las armas la hacían más imponente, pero no por eso ni por su número ni la insistencia suya en los ataques y cargas se dejaron imponer nuestros compatriotas, que se batieron con sin igual denuedo.

La noche separó á los combatientes, retirándose los indios á Tlascalla con aire de vencedores, pero con sus bríos tan quebrantados, que, quince días después, y vista la imposibilidad de romper á los nuestros de día ni aun de noche, según se lo habían aconsejado sus augures, se dieron á celebrar la paz que paró en ser fundamento el más sólido de la fortuna de Cortés.

Y no soy yo, español y admirador de Cortés, cuyas glorias son á la vez glorias de la patria, quien va á llamar vuestra atención sobre los esfuerzos de valor y de talento que necesitó desplegar el célebre caudillo para resistir el embate impetuoso de los tlascaltecas y atraerlos después á su causa; que ahí está un historiador mejicano que os pondrá de manifiesto la hábil conducta de Cortés, como guerrero y como político, en aquella ocasión. El licenciado D. Alfredo Chavero, en su erudito libro, uno de los cinco que, con el título de *Méjico á través de los siglos*, se han publicado bajo la dirección del general Riva Palacio, tan conocido y estimado de vosotros por su ilustración y prendas de carácter, nos recuerda, como vais á oir, esa conducta y los éxitos que produjo. «Un solo error, dice, había cometido en el principio: dar la batalla de Tabasco sin necesidad y sin objeto práctico. Pero desde que fundó la Vera Cruz, su buen juicio caminó á la par de su fortuna. Su alianza con los Totonaca quitó recursos á Moteczuma, le proporcionó buenos amigos por el interés de verse libres del tributo y le abrió camino seguro desde la costa hasta el territorio tlascalteca. Ahí tenía dos caminos que escoger: seguir directamente sobre Méjico, ó entrar antes en Tlascalla. El cempoalteca Teuch le aconsejaba el primero: si lo hubiera seguido, se habría presentado ante Moteczuma con reducido ejército y sin recursos; hubiera quedado muy lejos de su base de operaciones y cortado por pueblos poderosos que no eran sus amigos. Verdad es que Moteczuma le mandaba embajadas; pero insistía, como el mismo Cortés dice, en que no fuese á su tierra. Con la paz y amistad de Tlascalla, aunque conseguidas á costa de combates y penalidades, el cuadro cambiaba por completo, pues traía su base de operaciones al centro del territorio, apenas del otro lado de las montañas que cierran el valle de México, y conse-

guía toda clase de recursos y un nuevo ejército aliado, numeroso, aguerrido y enemigo de los mexica.»

Es cierto que, como dice á renglón seguido el Sr. Chavero, Moteczuma cometió, por el contrario, torpezas que el historiador mejicano califica de increíbles, pero también lo es que se hallaba obcecado con la idea de la divinidad que atribuía su pueblo á los españoles, con los tremebundos augurios que le predecían su ruina, y la preocupación de que no con las armas, por más que se tuviese por hábil en su manejo, sino con habilidades y artes políticas le cabría conjurarla.

Á uno de esos manejos obedece la embajada que envió á Cortés cuando ya éste andaba celebrando la paz con los tlascaltecas, á los que entretanto aconsejaban los emisarios mejicanos se mirasen bien al hacerla; esforzándose á estorbarla con recelos que, por otro lado, se esmeraron en inspirar á nuestros compatriotas y á su caudillo. Pero Cortés, otorgando la paz que Xicontencalt había ido á solicitar á su campo, y contemporizando con los mejicanos para no quitar á su Emperador la venda que parecía irle cegando cada día más y mantenerle inerme, obtuvo un doble triunfo, perfectamente merecido, en su también doble concepto de militar y político. La conducta de Cortés en Tlascalla es de lo más hábil en ese punto. Las batallas que riñó con los bravos defensores de aquella república, si no rival, porque en su pequeñez no podía serlo, aspirando, eso sí, á una independencia que la honraba por los esfuerzos que habría de hacer y los sacrificios que le era necesario imponerse para mantenerla, revelaron á Cortés el fruto que podría sacar de tan felices disposiciones para sus proyectos. Vencidos á pesar de su abnegación patriótica y de las artes con que esperaban burlar el favor de los genios tutelares que suponían proteger á los españoles, los tlascaltecas se hicieron, de enemigos, y los más bizarros que hallaron nuestros compatriotas, sus más entusiastas admiradores y sus aliados más decididos y leales. Y esto que para todo conquistador es prenda segura de la victoria, pero que, de no obtenerla completa, puede conducirle á un descalabro al volverle la espalda la fortuna, lo alcanzó nuestro héroe de los tlascaltecas hasta en la desgracia, muestra irrecusable, es cierto, de la lealtad de sus nuevos amigos, pero tam-

bién del atractivo singular de aquel hombre, de la magia, que para ellos no era otra cosa, de su política.

Llegó á su colmo la admiración de los tlascaltecas al ver que los españoles preferían al goce de las fiestas con que procuraron distraerlos, riesgos y trabajos que ellos nunca se hubieran atrevido á arrostrar, considerándolos temeridad estéril é irreverencia manifiesta á sus divinidades. Por tal se tuvo en Tlascalla la ascensión de Diego de Ordaz al Popocatepelt, cuyo volcán estaba en acción por aquellos días, obscureciendo el cielo con sus inmensas masas de humo é inundando con su lava las faldas de la montaña. ¿Cómo presumir que aquel empeño, en su concepto, de demencia, habría de resolver una de las crisis más difíciles por que pasó la conquista de la ciudad de Méjico, su mortal enemiga?

No era prudente detenerse más en Tlascalla, que, después de todo, no era ninguna Capua; y contra el consejo de los prohombres más experimentados de la República, que trataban de disuadir á Cortés de su marcha á Méjico por el camino de Cholula, lo tomó resueltamente, haciendo desprecio de las asechanzas que pudieran tendérsele y no aceptando de sus aliados sino un corto refuerzo, más por cortesía, les dijo, que por necesidad.

Burlados, como sabéis, en Cholula los intentos de Moteczuma, resuelto á valerse de cuantos medios, malos ó buenos, le ofreciera su triste estrella para alejar á los españoles de Méjico, ya que no bastaban los diplomáticos de que hasta entonces había hecho uso, Cortés avistaba el 8 de Noviembre la gran ciudad, objetivo de su admirable jornada.

¿Cómo describiros el espectáculo de aquel día?

Un puñado de hombres, en quienes no se sabe qué admirar más si la audacia ó la confianza, osa penetrar en una ciudad, la más populosa, cabecera del imperio que pasa por el más culto también de aquel vastísimo continente. La calzada por donde marchan, si anchurosa para comunicación de un pueblo con los burgos inmediatos y el Anáhuac todo, no para precaverse de una catástrofe por género alguno de maniobras, corre aislada y se extiende por lagunas que se pierden en el horizonte, mar proceloso, si no por las olas que lo agiten, por las mil naves que lo surcan ofreciendo peligros imposibles de evitar. Una multi-

tud inmensa precede á los españoles, les abre paso para contemplarlos á su sabor, síguelos demostrando su admiración ó los acompaña en las canoas que, á su altura siempre, les sirven de cortejo. Y las banderas que ondean por todas partes, los trajes de aquellas abigarradas muchedumbres, y el ruido que se alza de ellas, confuso, discordante y ensordecedor, dan á tan extraordinario espectáculo, si la apariencia de la alegría, el pasmo y hasta el rendimiento, el carácter también de la grandeza y el esplendor que revelan el poderío de un gran pueblo. El mejicano ha visto con repugnancia la entrada de los extranjeros en su suelo y con sorpresa ha sabido las victorias alcanzadas por ellos con su terrible armamento; y si ignora sus misteriosos designios, calcula no han de dirigirse á favor suyo. Una voz, pues, de alarma, un movimiento cualquiera, iniciado por los recelos que siempre despierta lo desconocido, sobre todo si se impone, y la ocasión, nunca como entonces favorable, para de un solo golpe acabar la obra que la maña no ha logrado impedir, hubieran comprometido la de los españoles, para mucho tiempo al menos.

Y, sin embargo, vedlos marchar impávidos á internarse en el dédalo de caminos, puentes y calles que ofrecía la gran ciudad, sin sospechar que aquellos canales pueden ser el golfo traidor en que naufraguen sus esperanzas todas, las torres y azoteas, los palacios y templos, de que ahora sólo caen flores y plumas de mil colores, fortalezas, luego, de donde se les arroje todo género de proyectiles para confundirlos y aplastarlos. Aunque prevenidos con el ejemplo de Cholula para un trance más que probable y de funestos resultados, van, embargada su fantasía al aspecto de tal magnificencia y satisfecho su orgullo con la admiración que inspiran y el pavor que infunden, creyéndose los genios, los *teules* por que los han tomado los mejicanos al saber á dónde llegan la fuerza de sus brazos y el efecto que producen los poderosos tormentos que llevan á su lado.

Van de descubierta y bastante adelantados los jinetes, á cuya vista y la de los monstruos que tan gallardamente manejan, cunde el pasmo en la multitud de los espectadores. Sigue la vanguardia con los arcabuceros, los hombres del rayo, y los de las ballestas con sus banderas al viento y al compás de sus tam-

bores y pífanos. En el cuerpo de batalla se ve á los aliados cempoales y de Tlascalla, con la *impedimenta*, el bagaje, los víveres y el tesoro, y, como para resguardarlos mejor, los españoles de espada y rodela con los piqueros junto á la artillería. A retaguardia, por fin, caminan los escuadrones de solos tlascaltecas, engrosados desde la traidora celada de Cholula y su participación en aquel sangriento combate, admirados de sí mismos al penetrar en la metrópoli mejicana que nunca han visto ni soñado siquiera ver en guisa de conquistadores.

El pasmo en unos y el entusiasmo en los demás por tan deslumbrador espectáculo crecieron, si cabía, al presentarse Moteczuma en la calzada y junto al templo de Toci, revestido de un traje resplandeciente, cubierto de joyas de gran valor, llevado en andas y bajo un palio que sustentaban príncipes, caciques y señores, los más considerados de la corte, apoyándose, cuando se apeó, en sus predilectos para recibir á Cortés con muestras que sus vasallos sólo le habían visto hacer á los dioses tutelares del Imperio.

Éxito como aquél parecía imposible aun á los mismos que lo habían alcanzado; y, sin embargo, era el primer paso al desencanto que no tardaría en sucederle para interrumpir la serie de triunfos hasta entonces conseguidos, con riesgo de la victoria definitiva que, según sabéis, sólo pudo obtenerse por otro camino y muy distintos procedimientos. Porque Moteczuma y sus cortesanos verían allí, y luego en sus conferencias dentro de la ciudad y en sus respectivos alojamientos, que los españoles no eran sino hombres como los demás, sujetos á las pasiones, debilidades y menesteres comunes, aunque dotados, por su superior cultura, de medios de acción y fuerza desconocidos para ellos. Y una vez con ese conocimiento y al ver á nuestros compatriotas de cerca y palparlos, puede decirse concebirían el pensamiento de aprovechar la primera ocasión en que su número neutralizara la eficacia de esos ingenios que habían dado á sus dueños el prestigio de seres extraordinarios, como podrían antes hacérselo creer la distinta naturaleza que en ellos observaban y sus maravillosos éxitos. Por otra parte, ¿era de esperar que allí donde florecían las artes con un esplendor hecho manifiesto en los palacios y templos, ornamento de la metrópoli me-

jicana, no acabaran sus gentes menos ignorantes y sus artífices más hábiles por comprender que aquellas armas, por potentes que fueran, habrían de ser obra humana, aun cuando de inteligencias más cultivadas y de manos más expertas que las suyas? De creer en sus *teules*, bien podrían observar que no necesitaban de medios materiales para dar á conocer su omnipotencia: el rayo debería salir invisible de sus manos, y la muerte y los huracanes arrancarían de ellas incontrastables como el destino á que daban culto en sus doctrinas fatalistas.

Si en los primeros días pasaron desatendidas estas observaciones, transcurridos entre los agasajos y fiestas que provocaron la presencia de los españoles y la conducta obsequiosa de Moteczuma, luego fué despertándolas la equívoca de quienes, como huéspedes, se mostraban demasiado recelosos, y, como seres realmente extraordinarios, tomaban precauciones, revelación manifiesta, á la vez que de desconfianza en su fuerza, de proyectos nada conformes con sus protestas de amistad cordial y franca. El cuartel de nuestros compatriotas, mejor que de alojamiento, ofrecía el carácter y el aspecto de una fortaleza, según la situación que se había dado á la artillería, abocada á las puertas, y los grupos de soldados que incesantemente patrullaban de noche y de día en su derredor. Cortés se presentaba seguido de un cortejo militar que desdecía de la confianza, mejor dicho, del abandono de Moteczuma, que para muestra más patente de cordialidad, se había trasladado á un palacio inmediato al de sus huéspedes. Todos aquellos temores, provocados por las profecías, los augurios y visiones que influyeron tanto en su anterior doble conducta, parecían haber desaparecido del ánimo y hasta de la memoria de Moteczuma que, hay que decirlo, mostraba ahora una buena fe que los acontecimientos probaron ser tan sincera en él como honrosa para su memoria.

La fama hacía á Moteczuma, si valiente y hábil en la guerra, cruel para los vencidos, avaro de poder y de riquezas, déspota para con sus vasallos, según ya he dicho, é inexorable con los que, por su nacimiento ó por su posición en el gobierno y la corte, pudieran pretender sobreponérsele ni aun emularle. Se había mostrado falso, hasta traidor, en sus relaciones con los españoles desde que aparecieron en las costas de su imperio;

había puesto en juego su autoridad en las provincias que le pertenecían, y su influencia en las independientes para impedir el acceso á Méjico de los que tenía motivos para temer y odiar; pero burlado en todos sus manejos, bien disculpables por cierto, y vencido cuando había tratado de traducirlos en una acción de fuerza, se había así como rendido á la que ya observaba era su suerte, procurando sacar, si le fuera posible, á salvo su dignidad personal, cuando no el trono, tan heroicamente conquistado.

Tenía entonces cuarenta y cuatro años; su estatura era prócer, si ha de darse fe á quienes tuvieron ocasión de verle, de los que algunos llegaron á estimarle y luego á compadecerle; cenceño, esto es, delgado; de color, el propio de su raza, facciones abiertas, ojos vivos y alegres como su decir y sus gestos; la barba rala, pero compuesta, y el cabello cubriéndole las orejas; su apostura graciosa y demostrando tanta dignidad á veces como benevolencia en otras, según los sentimientos que agitaran su ánimo; limpio, por fin, como en la persona, en sus costumbres, si se considera la sociedad en que vivía, manchada de todo género de idolatrías é impurezas. La superstición le había hecho temeroso de lo desconocido, y la noticia del desembarco de los españoles le infundieron los presentimientos más tristes; pero, ya en su presencia, la penetración y perspicacia, no escasas en él, y la cultura, siempre relativa, de su raza, le hicieron distinguir y aquilatar las diferencias existentes entre los atributos divinos, que los indios concedían á los españoles, y los reales, humanos, que les eran debidos por su valor é ingenio. Decía á Cortés en una de sus primeras entrevistas: «Malinche, bien se ve que te han dicho esos de Tlascalla, con quien tanta amistad habéis tomado, que yo soy como dios ó teule; que cuanto hay en mis casas es todo oro e plata y piedras preciosas; bien tengo conocido que como sois entendidos, que no lo creíades y lo teníades por burla lo que ahora, señor Malinche, veis; mi cuerpo de hueso y de carne como los vuestros, mis casas y palacios de piedra y madera y cal; de ser yo gran Rey, sí soy, y tener riquezas de mis antecesores, sí tengo; mas no las locuras y mentiras que de mí os han dicho; así que también lo tenéis por burla como yo tengo lo de vuestros truenos y relámpagos.»

Y repito yo: «¿Tardarían los mejicanos en comprender lo que tan pronto había su emperador observado y conocido?

La posición de los españoles tenía que hacerse por momentos más y más difícil y embarazosa. No era una embajada lo que les llevaba á Méjico, por más que su jefe pareciera dar ese carácter á sus conferencias con Moteczuma, que sólo en tal concepto los había recibido y los obsequiaba después tan espléndidamente. Y si bien los consejos de Cortés habían logrado del Emperador mejicano que renunciase al canibalismo en sus banquetes y á los sacrificios humanos en las ceremonias religiosas, no bastaron á hacerle desprenderse de sus ídolos, monstruosos y todo, recibidos de sus mayores desde épocas que se perdían en la obscuridad de los tiempos. Era necesario tirar la máscara con que Cortés se encubría, descorrer el velo que ocultaba sus proyectos, cuya ejecución se iba haciendo urgente por las noticias, acabadas de recibir, sobre sucesos que podrían comprometer su posición en Vera Cruz, y en Méjico más aún. Saliendo de la Villa Rica para rechazar la agresión de algunos caciques, de los de Moteczuma, á los pueblos aliados de los españoles y particularmente al de Cempoala, habían sido muertos Juan de Escalante y varios de los suyos. Retrajéronse los mejicanos después de la jornada; pero, aun así, era fácil de comprender el peligro en que quedaban aquel establecimiento, base de las operaciones que se estaban ejecutando en el Anáhuac, y, lo que valía otro tanto ó más, el prestigio de las armas españolas en todos los pueblos del Imperio. Se hacía, pues, urgente el tomar una resolución eficaz según el objeto de la empresa en que andaban los españoles comprometidos, esto es, que se conformase al plan de Cortés al acometerla. Las visitas á Moteczuma; las hechas en su compañía á los monumentos más notables de la ciudad, mejor que por conocerlos, con el fin de darse cuenta de su posición para circunstancias que podrían luego ofrecerse, críticas y de peligro; los paseos militares y los alardes ejecutados por las calles y plazas con que mantener en los mejicanos el temor á nuestro armamento y distraerlos de cualquier conato de resistencia, si es que lo abrigaran; todo eso sería insuficiente en cuanto hubiera de ponerse por obra la magna de declarar aquellas tierras parte integrante del gran imperio español que se es-

taba constituyendo en Europa. ¿Qué camino emprender, pues? ¿Cómo preparar esa inmensa labor política y militar con medios tan exiguos como los de que podían disponer Cortés y sus camaradas? Proclamar una mañana desde las azoteas de su cuartel la anexión del Anáhuac á España, rasgo sería de demencia de que Cortés no estaba atacado de seguro. De lo alto del gran Cu, que es como llamaban los españoles al templo que los mejicanos Teocali, había Cortés visto la ciudad y los demás pueblos que surgían del agua de los lagos en que estaba fundada, las vías que los comunicaban entre sí y con la tierra firme, los palacios, adoratorios y fuertes, unidos por puentes fáciles de alzar ó de romper, y las innumerables canoas destinadas á surtir á los habitantes de los bastimentos que pudieran necesitar. Aquel espectáculo le había hecho comprender, no ya las dificultades que se le ofrecerían para superar tantos obstáculos, sino la absoluta imposibilidad de conseguirlo si con un golpe de la más astuta audacia no lograba antes imponerse, ¿qué digo? desarmar á las muchedumbres que ya le espiaban, arrancándolas su primer elemento de fuerza, el de su dirección y mando.

Era Cortés hombre, pudiera decirse que singular en todo. Lo que tanto se ha extrañado en algunos generales por oir los consejos de sus subalternos y comunicar sus planes á las clases inferiores del ejército á fin de que atemperasen á ellos su conducta hasta en los menores detalles, lo hacía el caudillo español en cuantas ocasiones se le ofrecieron; lo mismo que en la de la destrucción de las naves, para el temerario arranque, á que me estoy refiriendo, de la prisión de Moteczuma. No era ciertamente de la escuela de Craso, que quemaría su propia camisa si la creyese capaz de descubrir sus pensamientos; aun cuando, á decir verdad, la posición de Cortés respecto á sus oficiales y soldados, á quienes mal podía exigir la disciplina romana, ni la índole de su jornada le habían de aconsejar el secreto y el rigor tan recomendables en otra clase de operaciones.

En uno como consejo de guerra, celebrado la noche del 14 de Noviembre, se acordó tan trascendental medida, á cuya ejecución se hicieron preceder el armamento de las fuerzas allí acuarteladas, la ocupación de las avenidas y hasta las oraciones más fervientes dirigidas al cielo para obtener su favor en un

lance de que pendía la salud de todos. Nada se hacía entonces sin antes implorar el auxilio divino; y así como los cruzados de las Navas se disponían á la pelea con el pan de la Eucaristía; los Almogávares invocaban á Santa María, uniendo este santo nombre al de Aragón, su patria, y los tercios de Italia, y los de Flandes luego, se prosternaban para acabar su corta plegaria con el grito de «Santiago y cierra España», los soldados de Cortés habían de acometer cualquiera de sus actos adorando la cruz que Moteczuma les autorizó para alzar en uno de sus aposentos.

El atropello que se intentaba era inaudito; y sin la necesidad, nunca cual entonces imperiosa, hubiera sido hasta cobarde, como manifiesta la falta de lealtad de Cortés para con quien tanta confianza ponía en él: la política, sin embargo, la razón de Estado, según se invocó siempre, lo encubre todo y el éxito lo justifica.

La prisión de Moteczuma, aun consumada con las demostraciones de un respeto que se avenía muy poco con el debido á Soberano tan poderoso y tan atento á la vez con sus huéspedes, causó en Méjico, á la par que admiración suma, un pavor también que no tardaría, sin embargo, en ceder su puesto á la ira y á los propósitos de venganza. El estupor de los primeros días embargó á tal grado los ánimos, que los deudos del Emperador, sus ministros y más altos dignatarios continuaron ofreciéndole en su nuevo alojamiento, que era el de los españoles, las mismas muestras de amor y lealtad que antes, igual homenaje é idénticos servicios. El semblante de Moteczuma mostraba su habitual expresión, la impasibilidad y la tristeza de meses atrás, la que desde la época de los misteriosos anuncios de su desgracia iba, con raros intervalos, arrebatándole el aire de arrogancia y los tonos de vencedor de tiempos anteriores. El estupor, repito, de los primeros momentos y el miedo que infundían la actitud, siempre jactanciosa, de los españoles y sus terribles armas, contuvieron á los mejicanos, reducidos todavía á lamentar la situación harto miserable de su soberano, impotente hasta para impedir que Cortés fuera un día y otro privándole de la asistencia de sus principales servidores y del socorro que intentaban prestarle varios caciques de las comarcas vecinas, dispuestos á tomar las armas en su favor. Por el contrario, Motec-

zuma se dejaba dictar las órdenes con que los soldados de Cortés iban por las provincias buscando el enriquecerse, no satisfechos, sin duda, con el tesoro encontrado en los muros del cuartel al fundar su pequeña iglesia, ó cometiendo desmanes que nunca, empero, podrían compararse con el de las ejecuciones de los más leales vasallos del infeliz Soberano y que, á veces, le hacía presenciar su hipócrita é inexorable secuestrador.

Una novedad, si no extraordinaria entre españoles, siempre devorados por el cáncer de la discordia, y que además entraba en la índole y las condiciones de la jornada desde su arranque en Cuba, vino á detener á Cortés en la marcha de sus procedimientos, si hábiles, rudos también y crueles, y á imponer un punto de espera á los mejicanos en sus proyectos de reacción. Me refiero á la noticia de haber aparecido en la costa una gruesa armada y desembarcado junto á la Vera Cruz un gran golpe de los españoles que la tripulaban. Con la noticia, dada por Gonzalo de Sandoval, que gobernaba la Villa-Rica desde la muerte de Escalante, llegaron á Méjico presos y en brazos de indios dos emisarios de Velázquez, puestos á las órdenes de Pánfilo de Narváez, general de la armada, para intimar á Cortés la dejación del mando y su vuelta á la isla de Cuba. Todo lo severo que Sandoval se les había mostrado, aun siendo el uno clérigo y escribano el otro, se manifestó Cortés de atento y servicial con ellos; pero á los dos días de hallarse en Méjico se habían hecho devotos suyos y, al regresar á Cempoala, conspiraban ya con los soldados de Narváez porque se uniesen á los otros, gracias á los agasajos y, sobre todo, á los tejuelos de oro y á las joyas con que, al decir de Bernal Díaz, les había untado las manos el sagaz y generoso extremeño.

Nada hay que demuestre en Cortés la enérgica iniciativa que llegó á caracterizarle como su diligencia al revolverse, que así se puede decir, contra Pánfilo de Narváez.

Ya no son indios los que va á combatir, sino compatriotas suyos, cubiertos de iguales armas y disponiendo del rayo y de aquellos monstruos con que había alcanzado y roto á los gruesos escuadrones de los tlascaltecas, sus más formidables enemigos. Éranle, así, necesarias una gran diligencia para no dar el espectáculo de la guerra civil en el corazón de su todavía no-

afianzada conquista, la mayor perspicacia, también, para, sorprendiendo á los recién llegados en su marcha, impedir un combate mortífero que amenguase considerablemente sus fuerzas, ya tan escasas, y otra cosa más importante, después, un tacto tan fino que hiciera aceptar á sus perseguidores la protección que, vencidos, había pensado ofrecerles.

Y todo eso lo hizo Cortés en lo que pudiera decirse *un abrir y cerrar de ojos.* Porque, abandonando á Méjico, aunque con la pompa que hace presumir la circunstancia de acompañarle Moteczuma hasta el término de la calzada, y después de atravesar las comarcas de Tlascalla, Orizaba y Huatusco en medio del asombro de los naturales, ignorantes de la causa y del objeto de tan misteriosa expedición, caía el 29 de Mayo de 1520 sobre el campamento de Narváez y le sorprendía y desarmaba para, preso y cargado de hierros, que sus gigantescos miembros no lograrían romper, atraerse, como había pensado, sus secuaces, gozosos de verse en la hueste de tan heróico y hábil capitán.

¿No era eso también *llegar, ver y vencer?*

Pero urgía volver á Méjico; y eso, más que para ostentar los trofeos de la victoria y hacer alarde de fuerzas que con las de Narváez se elevaban á la de 1.400 infantes, sobre 100 caballos y cerca de 20 piezas de artillería, para poner remedio á las imprudencias cometidas por Alvarado durante la ausencia de Cortés. La alegría de los mejicanos por el compromiso en que Cortés se hallaba, los preparativos que veía hacer á los indios estimulados por caciques de fuera, aunque sin la anuencia de Moteczuma, que esperaba resultados más inmediatos de sus manejos secretos cerca de Narváez, cuyo triunfo, vista la desproporción de fuerzas, tenía por seguro, precipitaron á Alvarado por un camino de violencias que, en vez de conjurar el peligro que pretendía así eludir, iba á anticiparlo y darle mayores y más terribles proporciones. Sorprendidos en la celebración de una fiesta y acuchillados por los hombres de Alvarado, los mejicanos creyeron llegada la ocasión de sublevarse y, reclamando la libertad de Moteczuma y apellidando venganza por los ultrajes inferidos á sus ídolos, acometieron el cuartel de los españoles, de los que murieron algunos entre las llamas del

incendio aplicado también á una parte de aquel vasto edificio.

La culpa de suceso tan lamentable fué ¿por qué ocultarlo? de Alvarado, aunque procuró disimularla con proyectos de sublevación, atribuídos, y no sin fundamento, á los mejicanos, ante la autoridad de Cortés que le pidió estrecha cuenta de un acto que así comprometía la posición que con tal arte y tantos esfuerzos había llegado á conquistarse. Pero, una vez allí y al frente de fuerzas relativamente numerosas que, además, centuplicaba la fama de su victoria sobre Narváez, no tardó Cortés en extremar sus severidades para, sobre imponerse más, ir llevando á ejecución el plan de conquista, irrealizable antes por falta de tiempo y, principalmente, de recursos. Lo que hasta entonces había fiado á las artes de la política, en que se manifestó maestro, era preciso ya entregarlo á la suerte de las armas, á cuyo uso obligaban, por otra parte, la actitud, si no hostil, fría de las ciudades próximas en su vuelta, la rebelde en que había encontrado á los mejicanos y la no poco sospechosa de Moteczuma, cuyas cartas á Narváez le eran conocidas como los espléndidos regalos que también le había dirigido con sus agentes secretos.

Los rigores de Cortés no sorprendieron á los mejicanos ni les atemorizaron tampoco. La muerte de algunos de los de Alvarado, precipitados con sus caballos en el lago, y la actitud defensiva á que habían tenido que reducirse, iban privando á los españoles del encanto que se les atribuía al entrar en la ciudad, el que los elevaba en la imaginación de los indios á la categoría de seres fuera de lo ordinario en la humanidad, dotados además de armas que también debían tener un origen divino según eran de sangrientos y aterradores sus efectos. «Ya tenemos experiencia—decían poco después los mejicanos á Cortés—de que no sois inmortales, y aun cuando nos cueste veinte mil hombres cada español que muera, nos sobrará gente para cantar nuestra ultima victoria.» ¡Harto pronto acabarían por ofrecer al mundo la demostración, en parte, de esa que parece imposible no se les representara antes como verdad incontestable! Pero tampoco tardarían en convencerse una vez más de la que encerraba la contestación de Cortés, la de que «no presumían los españoles de inmortales, sí de valerosos y esforzados

sobre todos los mortales, y de que les sobraba ánimo para destruir, no solamente la ciudad, sino todo el imperio mejicano.»

El guante, como veis, estaba echado, y se iba á hacer prueba de ambos asertos alternativamente, no bastando el denuedo de nuestros compatriotas para mantenerse en la ciudad, expuestos, más que al rigor de las armas, al del hambre, y sobrando para una vez en campo abierto acabar su grande obra de la conquista con la de la ciudad, como decía Cortés, y el Imperio todo de Méjico. Sin embargo, los primeros pasos de Hernán Cortés al volver de su expedición contra Narváez, se dirigieron también á calmar las pasiones que habían encendido en su ausencia los arrebatos de Alvarado. Los mejicanos resistieron toda transacción, retrayéndose á las calles y plazas algo distantes del alojamiento de los españoles y sin salir de ellas más que para rechazar un reconocimiento de que Diego de Ordaz tuvo que retirarse ante la multitud que le salió al encuentro, aunque escarmentándola rudamente, como poco después lo hacía Cortés en el ataque intentado por aquella misma gente al cuartel. Pero el reconocimiento y una salida de los nuestros en la tarde del mismo día, en que dice Solís que «Hernán Cortés gobernó la facción como valeroso y prudente capitán; acudiendo á todas partes, y más diligente á los peligros; siempre la espada en el enemigo, la vista en los suyos y el consejo en su lugar; dejando en duda, si se debió más á su ardimiento que á su pericia militar», hicieron conocer la imposibidad de reducir á los mejicanos por las armas en la situación, asaz crítica, en que se veían los españoles. La persuasión resultaba ineficaz; negándose el enemigo á escuchar la voz de Cortés y aun la de Moteczuma, que había aconsejado ese camino considerándolo como el más ventajoso para él, pues que, al deshacerse de los extranjeros, recobraría la autoridad y el favor de que antes gozaba entre sus vasallos, minados ahora por la deslealtad de algunos y la ambición de quienes pretendían sustituirle en el trono.

Sabéis, señores, cómo á sus consejos unió el Monarca mejicano su acción mediadora subiendo á la azotea de los españoles, revestido de todos los atributos de la soberanía y de sus más ricas preseas. Á su presencia hincaron los indios la rodilla; la voz, sin embargo, comenzada á oir con la veneración

de siempre, se perdió muy pronto en el rumor que provocaron sus palabras de paz, y luego en la algazara promovida y fomentada por sus émulos de antes y los pretendientes de ahora. El infeliz Moteczuma hizo cuanto pudo para que depusieran su fiera actitud los que, al seguir manteniéndola, parecían quererse desentender de su autoridad para siempre; pero tocándole en la frente una de las infinitas piedras que, entre dardos y varas, lanzaban los mejicanos al grupo de españoles que le circuían, fué retirado para tres días después morir, no de veneno que privaría á Cortés de un rehén tan precioso, sino del golpe y de la pena que produjo en su ánimo tan inesperado desacato.

Así se rompió el único lazo que aun se esperaba mantendría la concordia entre los españoles y los mejicanos; volviendo éstos después de tributar los honores de costumbre al cadáver de Moteczuma, que Cortés les entregó, y elegido su hermano Cuitlahuac para sucederle, á sus anteriores agresiones; y ya con más furia, si cabía, y encarnizamiento. Con todo, desvanecidas sus esperanzas de vencer á nuestros compatriotas, cuyo valor parecía crecer con el peligro, los mejicanos trataron de, sin aventurar batallas y fingiendo tratos de conciliación, fiar al hambre lo que bien veían no poder conseguir por las armas.

Adivinado por Cortés su proyecto, cuya realización sería cien veces más funesto para él y los suyos que la de cuantos ataques emprendieran los enemigos, decidió, después, por supuesto, de oído el consejo de los capitanes y soldados de mayor reputación, evacuar la ciudad, sorprendiendo á los mejicanos para así lograrlo con el menor riesgo posible.

La noche triste le probó con la terrible elocuencia de uno de los mayores desastres que registra la historia española, que no era fácil coger desapercibidos á sus enemigos, llenos de rabia por la impotencia de sus brazos y por la no menos patente de sus ídolos. Más de la mitad de los españoles, de los de Narváez en su mayor número, no hechos todavía á aquella guerra extraordinaria y no resolviéndose á abandonar el botín de que iban cargados, la artillería y muchos caballos cayeron muertos en la calzada, anegados en los canales ó en poder de los indios que los conducirían á los templos para allí ofrecerlos en holocausto á sus divinidades. Los rehenes y varias de las mujeres, que iban

con el bagaje y el tesoro en el centro, quedaron también presos ó perecieron en las cortaduras de los puentes que no se lograron salvar con el volante que se había preparado y se atascó en la primera. La retaguardia, que regían Velázquez de León y Alvarado, se halló así envuelta en el desastre de las tropas y del convoy que la precedían; y acometida de frente y por los flancos, hubo de retroceder en parte al cuartel para sucumbir días después ante los altares mejicanos, salvándose tan sólo unos cuantos españoles y tlascaltecas, con el segundo de aquéllos, sus bravos capitanes. La leyenda con sus hipérboles y la tradición con el testimonio de los nombres que sirven para acreditarla, atribuyen la salvación de Alvarado á un salto extraordinario que la crítica rechaza; el paso de la cortadura por una tabla que el acaso colocara allí con tal oportunidad, está más acreditado en la polémica suscitada con tan extraño motivo, el tránsito por encima de los cadáveres, aglomerados bajo el puente y sus ruinas, figura quizás en uno de los famosos lienzos de Tlascalla, tan esmeradamente expuestos en la citada obra del general Riva Palacio. ¿A qué atenerse, pues? ¿A la fantasía española, á la no menos rica de los que tenían á Alvarado por Tonatiuh, el sol, admirando su blanca tez y rubicundos cabellos, ó al escepticismo de Bernal Díaz, al proceso después incoado y á los juicios de los modernos críticos?

¡*Noche triste*, es verdad, en que el grandioso espectáculo de la entrada en Méjico, el pasmo de las muchedumbres y los homenajes que un monarca, tenido allí por el más poderoso de la tierra, y su corte, sin igual en lo espléndida, prestaban á la bizarría española, pararon en tragedia lamentable, desenvuelta en las tinieblas y obra del desencanto de tantos prestigios y de la ira á que provocaban las vergüenzas sufridas y las fuerzas no reveladas hasta el momento de la venganza! ¡*Noche triste*, en que se mostraron estériles el rudo batallar de tantos días, la labor finísima de una inteligencia á que se atribuía medida sobrenatural como á las fuerzas que la justificaban, la suma entera de tantos sacrificios, como los hechos, y de abnegaciones tantas, como las ofrecidas ante los altares de la patria!

Al reconocerse y contarse, en la margen ya de la laguna, los españoles se vieron muy pocos, muchos menos de los que tan

gallardamente habían penetrado la primera vez en Méjico, aquel antro de que salían manchados del rubor del vencimiento y de la sangre propia, de la de sus camaradas y aliados. Cortés, así, preñados los ojos de lágrimas y el corazón de pena, creería encontrarse en situación cien veces más difícil que al empezar su obra, tan acariciada hasta entonces por la fortuna. Porque al pequeño número de los que le quedaban, aun contando con los de Narváez, que ya empezaron á pedir su vuelta á Cuba, lo mismo que al de los tlascaltecas, que aun habían sufrido más en aquella fatal noche, podría faltarles el antiguo espíritu que los hiciera superiores á las fatigas y á las emociones para rechazar los lazos tendidos á su lealtad, frágil, quizás, por lo reciente y desinteresada. Y, sin embargo, esa situación, al parecer tan desventajosa y precaria, era la única que pudiera llevarle al desenlace glorioso á que aspiraba, al de la conquista de la ciudad que tan tristemente había abandonado, y la del Imperio todo, que de ella recibía vida y nombre.

Suponed, si no, señores, que los españoles continúan en su alojamiento, y eso, servidos y hasta mimados por los mejicanos: llegad á más; que Moteczuma sigue mostrándose, no ya resignado, sino hasta satisfecho con el secuestro á que se le ha sometido, y que ni los atropellos de Alvarado ni el espectáculo de las discordias españolas conmueven á aquel pueblo, fascinado con la idea y la que él toma por experiencia de la naturaleza excepcional, divina, de sus formidables huéspedes. ¿Qué partido cabe tomar en esa tan feliz y seductora situación?

Pensadlo bien.

Los españoles no ocupan ni tienen fuerza para ocupar toda la ciudad, sino que se encuentran reducidos á su alojamiento, del que, si alguna vez salen para visitar los templos y palacios más notables, mejor dicho, para orientarse previendo como próxima una crisis militar ó política, lo hacen completamente armados y con Moteczuma y su corte que puedan servirles de garantía y aun de rehenes. ¿Cómo, así, declararse un día señores de Méjico y árbitros de la suerte del Imperio como ya lo eran de la salud del Soberano?

Aquel día hubiera sido como el primero de los que hemos recordado, el del principio de las hostilidades que condujeron á

la *Noche triste;* con la diferencia de que, arrojada la máscara que ocultaba los proyectos de Cortés, no cabrían los manejos por él puestos en juego para una vez desarmar la cólera de los mejicanos y, otra, burlar sus esfuerzos llamando la atención á sitios distintos del elegido para ejercitar su acción ofensiva ó retirarse. Y no deteniéndome á insistir en la reseña de una situación que demasiado comprendéis, dada la que constituía para los españoles su prisión, que no otra cosa representaba el aislamiento en que se veían dentro de ciudad tan populosa, sin más salidas que las angostísimas calzadas que mantenían su comunicación con la tierra firme, sin campo, por ende, de batalla donde poner en acción sus medios más enérgicos, la artillería y los caballos, reflexionad cuán diferente debería ser la en que, pudiendo usar de ellos, ocuparían en las márgenes de la laguna, bloqueando y atacando desembarazadamente á los mismos que antes eran sus espías y carceleros. Hecha base de operaciones de esas riberas, comunicando á retaguardia con sus compañeros de la Vera Cruz y de las tierras ya ocupadas en el seno mejicano, los españoles no tenían que temer más que la defección de sus aliados que pudiera poner en peligro el camino de la retirada, si á ella se viesen obligados; y, aun en ese caso, su valor y sus armas les sacarían á salvo como hasta entonces, ya que en campo abierto habían demostrado que nada era capaz de resistirles. Pero, afortunadamente, ese temor, si asaltó el ánimo de Cortés y los suyos, se vió muy pronto desvanecido con la actitud, enérgica á la vez que consecuente, que mostraron desde el primer momento los bizarros y fidelísimos tlascaltecas. Un monumento debiera España erigir en honor de aquel pueblo; que no es dable ni imaginar siquiera que en sus condiciones sociales, exentas de miramientos tan pundonorosos, ni en las políticas, como vencidos que acababan de ser por los españoles, guardaran la fe jurada con tan escrupulosa lealtad.

No tardó Hernán Cortés á observar las ventajas que podría obtener de su nueva, aunque forzada, posición. Ayudóle también en eso su buena estrella, porque, al poner en salvo las reliquias de su microscópico ejército, le deparó la ocasión más oportuna que se puede ofrecer á un general, la de un desquite tan decisivo que, de roto, como iba, y huyendo de sus adversa-

rios, resultó vencedor, con más prestigio y en estado de aspirar de nuevo al éxito, tan comprometido horas antes, de su glorioso empeño.

La batalla de Otumba produjo, en efecto, ese cambio tan favorable en la situación de los españoles. El campo que los mejicanos supusieron, y con razón, sepulcro de sus enemigos, tan confiados los esperaban en su número, en la formación adoptada para mejor combatirlos y en el orgullo que debía inspirarles su reciente triunfo de la *Noche triste*, fué teatro en aquel día, 7 de Julio de 1520, de su mayor ruina, precursora de la total de su Imperio. Ni en la batalla de Centla, en que tan ejecutivamente venció á los indios de Tabasco, ni en las reñidas con los tlascaltecas, de resultados más fecundos aún, ni en el asalto del gran Teocali, alarde generoso de un valor personal por nadie superado en aquel ejército de héroes, demostró Cortés las dotes que atesoraba de un hombre de guerra, como en la para siempre memorable acción de Otumba. Su certero golpe de vista descubrió en lo más recio del combate el punto vulnerable de la posición enemiga; y cuando después de una lucha de varias horas en que, aun siendo arrollados los mejicanos, se hacía imposible el continuarla para los españoles, caídos sus brazos de la fatiga de tanto herir y tanto matar sin el logro de la victoria, Cortés, seguido de muy pocos de sus oficiales, rompió á galope sobre los escuadrones indios hasta alcanzar el estandarte imperial que andaba tremolando el primero de los caciques, rodeado de la nobleza toda de Méjico, anhelante por tomar parte en función que se consideraba como la decisiva y última para la expulsión de los aborrecidos extranjeros. De un bote de lanza derribó Cortés al desdichado general de las andas en que le tenían alzado sus magnates, y ya en tierra, lo acabó un soldado, Juan de Salamanca, á quien nuestro invicto Emperador daría luego por blasón la corona de plumas que aquél ostentaba en su cabeza. Los indios, al ver su venerando pendón en manos de Cortés, se entregaron á la fuga; y los españoles que, al decir de un historiador, no habían dado *golpe sin herida, ni herida que necesitase segundo golpe*, y los tlascaltecas, *arrojándose al conflicto con sed rabiosa de la sangre mejicana*, prosiguieron la victoria, dejando el campo de ba-

talla cubierto de cadáveres y la comarca libre completamente de enemigos.

La *Noche triste* quedaba vengada; la gloria de las armas españolas en su mayor esplendor, y la alianza con Tlascalla más que nunca firme y asegurada para siempre.

Ya en Tlascalla, y curado de las heridas que había recibido en Méjico y Otumba, Cortés se dedicó á poner por obra los proyectos que su nueva situación debía sugerirle y que ya le era dable proclamar paladinamente, libre de las trabas que le imponía el misterio cuando se hallaba encerrado en Méjico. Érale necesario reorganizar su fuerza y aumentarla, descompuesta y flaca como había quedado en la *Noche triste*, y la fortuna le deparó la llegada á la Vera Cruz de algunos barcos, cuyos tripulantes tomaron á empeño honroso el de acudir al socorro de Cortés. Se elevó así el número de los españoles al de 540 infantes, 40 caballos y 9 piezas, aun descontando casi todos los de Narváez que, no acostumbrados, como he dicho antes, á aquella guerra, con el escarmiento reciente, la pérdida de un botín sin trabajo alguno adquirido, y careciendo del espíritu de sus demás hermanos de armas, obtuvieron permiso para volver á Cuba. Necesitaba también de la cooperación de los indios, sin la cual no había que pensar en el sitio de Méjico; y los tlascaltecas se le brindaron en número que podia calcularse por el total de los hombres de armas tomar en la República, pero de que se valdría según las ocasiones ó accidentes que le ofreciera la lucha, y la fuerza también de otro lado que le proporcionara la discordia de muy atrás existente entre las provincias unidas ó aliadas con el imperio mejicano. Comenzó á ofrecerle esas ocasiones el pueblo de Tepeaca con atropellar, ayudado de los mejicanos, á algunos españoles de los que se encaminaban á Tlascalla; y siguiéronle los de Guacachula é Izucan, á quienes, no sólo redujo á la obediencia Cortés con la rudeza del castigo que les impuso, sino que se los atrajo con su generosa y liberal conducta después de vencidos, y con ofrecerles la asistencia necesaria en sus disensiones con Méjico.

No es ésta oportunidad para detenerme en pormenores históricos que ya he dicho os son harto conocidos, llevándoos paso á paso hasta presenciar con la memoria los dados por Cortés

para el bloqueo y, por último, el sitio y rendición de Méjico. Os diré tan sólo que, hecho nuevo alarde en Tlascalla los días 26 y 27 de Diciembre, del que resultaron ser unos 600 los españoles organizados en nueve capitanías de peones y cuatro cuadrillas de jinetes con nueve piezas de artillería, y sobre 80.000 los aliados de las provincias primeramente sometidas, divididos en escuadrones á cargo de Alonso de Ojeda y Juan Márquez, que presidieron á su mejor orden y posible disciplina, Cortés se dirigió el 28 al valle de Méjico por el áspero camino del Telapón, sorprendiendo en sus faldas á los mejicanos para, después de vencerlos, establecerse el 1.° de Enero de 1521 en Tezcuco, base de sus operaciones sucesivas. En la marcha se unieron á Cortés los Acolhua, y luego logró la alianza de todo el reino de Tezcuco, la de Iztapalapa, Chalco y cuantos pueblos moraban en la ribera de los lagos, con excepción de los de Michuacan, que se declararon neutrales, no sin antes sacrificar á los emisarios mejicanos el hijo del *cazonci* ó soberano Zuangua, recientemente muerto, *para que fueran*, les dijo, *á la mansión de los muertos á dar el mensaje á su padre.*

La ciudad, fuerte por su situación y lo numeroso de su vecindario, exigía, para ser conquistada, fuerzas y medios verdaderamente extraordinarios. Ya los tenía calculados Cortés; y si le sobraban de las de los indios amigos á punto de enviar no pocos tlascaltecas á su país, necesitaba el dominio del gran lago de Tezcuco que le facilitaría el tránsito por las calzadas, protegiendo su ataque é inutilizando las cortaduras que le opondrían los mejicanos que las ocupaban. Y de ahí aquel espectáculo, tan nuevo de una escuadra que navegando, puede decirse, en hombros de indios por entre las sirtes de la cordillera y las más peligrosas aún del Popocatepelt é Ixtacihualt, para lanzarse, como por arte de encantamiento, en el ponto mejicano. Porque no cabe dudar de que la presencia y la acción de los bergantines influyeron tan eficazmente en la marcha de aquel sitio, que sin ellos habríase hecho precisa la cooperación de todas las tribus indias y jornadas más largas y sangrientas que las que decidieron de su éxito. Ya los aliados sufrieron en tan dilatado asedio desmayo que en otras gentes sería vergonzoso, y aun principiaron á abandonar el campo español, haciéndose necesa-

rio recurrir á expedientes que sólo podría acreditar la experiencia, y á castigos cómo el de Xicontencalt, cuya justicia fueron los tlascaltecas los primeros en reconocer. La energía tan sólo y la habilidad y la prudencia de que siempre iba aquélla acompañada en Cortés, lograron, con el excepcional valor y la inquebrantable constancia de los españoles, conjurar tamaño peligro hasta, tras de diarios combates, en que no pocas veces alternaba la fortuna, conseguir el triunfo definitivo de tan reñida contienda.

Porque si Cortés se mostraba, como acabo de decir, tan enérgico, prudente y hábil, tenía delante un digno adversario, rival suyo en virtud militar ya que su falta de cultura le privara de los recursos que proporcionaban al héroe español el conocimiento y el uso de armas nunca vistas por el mejicano. Guatimocin, el Cuauhtemoc de los indios, hermano y sucesor de Cuitlahuac, que acababa de morir de las viruelas llevadas á Méjico por los soldados de Narváez, se mostró en momentos tan críticos á la altura de los más celebrados adalides de la antigüedad en la defensa de su patria. Para no cansaros con la descripción de su persona en todos sus rasgos, me limitaré á trasladar á este escrito una frase del Sr. Chavero, que lo retrata así: «Cuauhtemoc, dice, era un mancebo que sólo abrigaba en el alma la más grande de las esperanzas, porque en ella no hay nada que esperar, hundirse con su pueblo sin miedo en el corazón ni vergüenza en el rostro.» «Méjico, continúa, y su Rey eran dignos el uno del otro.»

Sí; para formarse un juicio aproximado del sitio de Méjico y apreciarlo en lo que merece, hay que acudir al recuerdo de los más famosos en los anales de todas las edades; tales caracteres de valor, tenacidad y abnegación, ofreció por parte de los mejicanos y tales de energía y habilidad por la de los españoles. La acción de los sitiadores, triunfante en las lagunas y llevada después á las calles y plazas, cortadas ú obstruídas con anchos fosos y altos parapetos; el ataque de los edificios, uno por uno, y su destrucción ó incendio; el bloqueo de la ciudad, cada día más apretado y estrecho y, con él y la ruptura de los acueductos, el hambre y la sed; la peste, finalmente, producida por la aglomeración de los cadáveres insepultos en su mayor número y muy

luego putrefactos: esos fueron los efectos causados en Méjico por el valor, el genio y los tormentos de los españoles y sus aliados. La ciudad ofrecía en sus últimas horas el espectáculo de la mayor desolación; tales eran la ruina, la sangre y la miseria que ostentaba por todos sus ámbitos.

Y sin embargo, sobre los escombros, humeantes todavía, y sobre los montones de cadáveres, hacinados para destruir el paso á los sitiadores y disputarles la victoria, veíanse, coronándolos, espectros, verdaderos espectros humanos, despidiendo de sus hundidos ojos los rayos de su ira patriótica y levantando sus descarnados brazos, más que para esgrimir las armas, que se les caían de las manos, en ademán de invocar venganza para los manes de sus deudos y amigos allí muertos. Los sacerdotes desde lo alto de los templos en que presidían al sacrificio de los prisioneros, los ancianos decrépitos, las mujeres y los niños, sin fuerzas ya más que para dejar caer de las azoteas los proyectiles puestos á su alcance, completaban con sus imprecaciones y alaridos el cuadro de horror y conmiseración que formaba la infeliz ciudad, con la conciencia todos de que su último aliento sería también el último de la patria.

Paso á paso también, y vengando no pocas veces sus derrotas, habían mantenido los mejicanos su ciudad durante noventa y tres días, hasta el para siempre memorable 13 de Agosto de 1521, y Cuauhtemoc no los había abandonado ni un momento, peleando siempre á su cabeza y compartiendo con ellos reveses y miserias, que bien observaba no acabarían sino con la ruina de Méjico, sepulcro de su fortuna y esperanzas. Cuando las halló perdidas, no por eso desfalleció su ánimo; que, al huir de aquel teatro de estragos y de ruina, pensaba llevar en la canoa que le conducía con las prendas más caras á su corazón el rayo salvador de sus venganzas, el que habría de destruir en otro campo á todos sus crueles enemigos. ¿Crueles? No, porque alcanzado por nuestros rápidos bergantines y conducido á presencia de Cortés, encontró, en vez del puñal á cuyo filo pedía morir, los brazos abiertos, la sublime generosidad y el magnánimo olvido del qué, sin castigar sus temerarias y salvajes violencias para con los prisioneros españoles, le devolvió en parte poder, honores y riquezas, que es muy dudoso le supiera agradecer.

La fortuna, sí, se le mostró hosca y enemiga; pero, él mismo debió reconocerlo, no la fortuna ciega y caprichosa jugando con el destino de los hombres y burlando los más heroicos esfuerzos, sino la que saben atraerse el valor útil, el genio fecundo y la constancia que nunca se cansa ante los riesgos, las fatigas y la miseria cuando virtudes tan raras se consagran al honor, la gloria y acrecentamiento de los legítimos é indiscutibles intereses de la humanidad según los tiempos, su civilización y sus progresos para los fines á que está llamada.

Y por ese rumbo providencial no busquéis guía que mejor pueda conduciros á la satisfacción de vuestras aspiraciones filosóficas que el ejemplo dado para la conquista de Méjico; porque ni el de los Argonautas de Jason, los Diez mil de Jenofonte, ni los Almogavares mismos de Roger y Entenza, resisten la comparación con el de los soldados de Cortés. Es único, hasta su tiempo, el espectáculo de seiscientos hombres, no todos, sino, por el contrario, muy pocos, provistos de las nuevas armas, ni lo bastante mortíferas tampoco para que se abandonasen completamente las antiguas; es único, repito, el espectáculo que ofrece ese puñado de hombres penetrando é internándose en un país desconocido, hondo misterio geográfico para ellos, de que sólo habían logrado descifrar lo áspero de sus elevadísimas montañas de fuego ó hielo, lo innumerable de las tribus que lo poblaban, la grandeza y el poderío del vasto Imperio á cuya expugnación se dirigían. Se ha pretendido oponer en estos últimos tiempos á tan estupenda hazaña la de los ingleses en la India á fines del siglo pasado, y presentar frente á la figura admirable de Hernán Cortés la de Roberto Clive, *el general caído del cielo*, según Pitt, pero que, al decir de Thornton, *sólo era héroe en el campo de batalla*. Mi amigo y colega vuestro en el Ateneo, D. Joaquín Maldonado Macanaz, escribió hace tiempo un magistral paralelo entre Cortés y Clive, en el cual, sin las exageraciones á que generalmente provoca el patriotismo, sino con la imparcialidad, su primera prenda literaria, y la erudición vastísima que todos le reconocen, fué examinando y discutiendo concienzudamente las condiciones de uno y otro país, Méjico y Bengala; las de uno y otro ejército, el reducidísimo de los españoles, aislado y sin esperanza de socorro alguno, y

el de los ingleses, numeroso, apoyado por escuadras poderosas, y en último término por la metrópoli, prepotente en todos los mares, y las de Cortés, á quien nuestro eximio historiador atribuye las de *descubridor*, *inventor* y *artífice* en la grande obra de la conquista, cuando sólo concede á Clive la de *artífice*. «En Clive, dice, no concurrió de estas circunstancias sino la última; porque Bengala, su estado, sus costumbres y el carácter de sus habitantes eran cosas muy de antemano conocidas en Inglaterra y en Europa, y los procedimientos y secretos para triunfar de los indios y dominarlos habían sido ensayados con éxito por portugueses y holandeses, y particularmente por los franceses Dupleix y Bussy, los que, el primero en lo político y el último en lo militar, pueden competir con Clive, pues no les faltó sino un gobierno ilustrado y patriota en Francia para fundar antes que Inglaterra un gran Estado en el Mediodía de la Península índica.»

¡Cuán otras, en efecto, fueron las circunstancias que hubo Cortés de arrostrar y vencer! Ya las he expuesto, con más pausa quizás de la que desearíais, y las arrostró y venció con el éxito, que también sabéis, sólo asequible al talento, á la energía y al tacto que vienen á constituir en el que atesora tales prendas un verdadero genio militar y político, *descubriendo*, y voy á parafrasear el escrito del Sr. Maldonado, la fuerza que encerraba el imperio mejicano en la naturaleza de su suelo, en su población y organismos, á la vez que su debilidad por lo heterogéneo de sus provincias, la discordia y los intereses que las dividían, *inventando* los métodos más eficaces para someterlo, la organización de las fuerzas que mandaba, las alianzas que habría de cultivar, las artes con que provocarlas en daño del enemigo, y *operando* con un talento y con energía y actividad tales, que habrían necesariamente de procurarle, por lo pronto, el triunfo y, para su fama, la de uno de los caudillos más preclaros. Y no he de molestaros con el recuerdo de las excelencias de Cortés en su administración de las provincias mejicanas, desde que, conquistadas por él y sus mejores capitanes, enviados á reducirlas al dominio de la Monarquía española y á descubrir nuevas tierras hasta verlas hundirse en las ondas del Pacífico ó perderse en los desiertos boreales, logró tener bajo su gobierno

aquel inmenso y rico territorio, que recibió el nombre ya oficial de *Nueva España*. Porque la sola inspección de las «Actas del Cabildo de la ciudad de Méjico», publicadas recientemente por D. Ignacio Bejarano y que D. Carlos de Sigüenza y Góngora salvó del incendio de los archivos municipales en 1692, os demostraría, no sólo el acierto del héroe extremeño en esa administración, sino la razón de mis elogios en ella como en la dilatadísima que el Monarca español le confió á pesar de las acusaciones de que, como á todos los grandes hombres, le hicieron objeto la envidia y la ingratitud de los que más favores le debían.

Señores, bien veis que no tengo tiempo para extenderme cuanto fuera necesario en hacer resaltar el mérito de la conquista de Méjico, sus consecuencias y ventajas; que con harta razón dice el general Riva Palacio en su tantas veces mencionado libro, que Carlos V *fué quizá el soberano más poderoso de cuantos han existido en la tierra*, porque á sus victorias de Pavía, Túnez y Mühlberg, que le dieron la preponderancia en Europa, pudo añadir las obtenidas en el Nuevo Mundo por Cortés, Pizarro y tantos otros de sus mejores vasallos, creándole, con efecto, el Imperio más robusto en toda la redondez de la tierra.

Hernán Cortés fué, sin embargo, de los que reunieron en su persona mayor número de las dotes que exige el buen gobierno de los ejércitos en su doble misión militar y política, dotes no adquiridas, según habréis observado, en las aulas ni en la escuela, á que no pudo asistir, de los grandes capitanes de su tiempo, sino don del cielo que debía otorgárselas en favor de nuestra patria, á la que en tan venturoso siglo parecía haberse propuesto elevar al más alto grado de poder y gloria. Yo podría haceros el paralelo de Cortés con los predilectos de Plutarco, si no con la elocuencia del incomparable biógrafo griego, con datos y argumentos que demostraran la justicia con que cabe ofrecer á nuestro compatriota un asiento entre los más insignes próceres cuyas virtudes, talentos y hazañas nos recuerda en su libro inmortal. Debería también iniciar en el seno de esta docta asamblea, tan influyente en la cultura intelectual de nuestra patria, el plan de una propaganda que, de seguro, resultaría fe-

cunda, para que en la metrópoli española, donde tanta falta se siente de monumentos que podríamos llamar legítimos, se alzara á Cortés uno que recordase á las generaciones futuras la inteligencia extraordinaria y el sin igual valor que sólo parecen reconocerse y premiarse en su solar nativo, haciendo justicia á su también raro y singular mérito.

Pero ya que me falta el tiempo para un trabajo que no debe darse al olvido, terminaré el humilde mío con la última frase del autor de la epopeya española de Méjico. Dice Solís: «¡Admirable conquista y muchas veces ilustre Capitán! de aquellos que producen tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la Historia».

He dicho.